



Sigmund Freud

El Tabú De La Virginidad

*(Contribuciones A La Psicología Del Amor, III)
(1918 [1917])*

Comentario [LT1]:

«Das Tabu der Virginität (Beiträge zur Psychologie des Liebeslebens, III)»

Nota introductoria

Pocos detalles de la vida sexual de los pueblos primitivos nos provocan un sentimiento de extrañeza tan grande como su posición frente a la virginidad, la doncella de la mujer. Es que la estima por la virginidad nos parece cosa tan establecida y natural en el varón cortejante que a punto estamos de sumirnos en desconcierto cuando se nos pide fundamentar ese juicio. La exigencia de que la novia no traiga al matrimonio el recuerdo del comercio sexual con otro hombre no es más que la aplicación consecuyente del derecho de propiedad exclusiva sobre una mujer; es la esencia de la monogamia: la extensión de ese monopolio hacia el pasado.

Pero desde nuestras opiniones sobre la vida amorosa de la mujer no nos resulta difícil justificar lo que al comienzo pareció un prejuicio. El primero que satisface la añoranza de amor -larga y penosamente contenida- de la doncella, superando así las resistencias que los influjos del medio y de la educación le habían erigido, es tomado por ella en una relación duradera cuya posibilidad ya ningún otro tiene. Sobre la base de esta vivencia se establece en la mujer un estado de servidumbre que garantiza su ulterior posesión sin sobresaltos y la vuelve capaz de resistir a nuevas impresiones y tentaciones provenientes de extraños.

La expresión «servidumbre sexual» fue escogida por Von Krafft-Ebing (1892) para designar el hecho de que una persona pueda adquirir respecto de otra con quien mantiene comercio sexual un grado insólitamente alto de dependencia y heteronomía. En ocasiones esa servidumbre puede Regar muy lejos, hasta la pérdida de toda voluntad autónoma y la admisión de los mayores sacrificios del propio interés; empero, el mencionado autor no ha dejado de puntualizar que cierta medida de esa dependencia «resulta enteramente necesaria si es que el vínculo ha de tener alguna permanencia». De hecho, esa medida de servidumbre sexual es indispensable para mantener el matrimonio cultural y poner diques a

las tendencias polígamas que lo amenazan; en nuestra comunidad social se cuenta con este factor.

Un «grado inusual de enamoramiento y debilidad del carácter» en una de las partes y un egoísmo irrestricto en la otra: he ahí la conjunción de la que Von Krafft-Ebinp deriva la génesis de la servidumbre sexual. Ahora bien, ciertas experiencias analíticas no permiten conformarse con ese intento de explicación simple. Más bien uno puede discernir que la magnitud de la resistencia sexual superada es el factor decisivo, unida al hecho de que esa superación posee un carácter concentrado y único. En consonancia con ello, la servidumbre es incomparablemente más frecuente e intensa en la mujer que en el varón, aunque en este último es más común en nuestro tiempo que en la antigüedad. Toda vez que hemos podido estudiar la servidumbre sexual en varones, era el resultado de la superación de una impotencia psíquica por obra de una mujer determinada a quien el hombre en cuestión permanecía ligado desde entonces. (ver nota) Muchos matrimonios llamativos y no pocos destinos trágicos -hasta de graves consecuencias- parecen hallar su esclarecimiento en ese origen.

Si ahora pasamos a considerar la conducta de los pueblos primitivos, no la describiríamos correctamente enunciando que no atribuyen valor alguno a la virginidad y aduciendo como prueba que hacen consumir la desfloración de la joven fuera del matrimonio y antes del primer comercio conyugal. Parece, al contrario, que también para ellos la desfloración es un acto sustantivo, pero se les ha vuelto asunto de un tabú, de una prohibición que debemos llamar religiosa. En vez de reservarla para el novio y posterior marido de la muchacha, la costumbre exige que este evite esa operación. (ver nota)

No está dentro de mis propósitos recopilar de manera exhaustiva los testimonios bibliográficos de la existencia de esta prohibición normativa; tampoco estudiar su dispersión geográfica ni pesquisar todas las formas en que se exterioriza. Me limito entonces a comprobar que tal perforación del himen fuera del ulterior matrimonio es algo muy difundido entre los pueblos primitivos hoy vivientes. Así, expresa Crawley: «This marriage ceremony consists in perforation of the hymen by some appointed person other than the husband; it is most common in the lowest stages of culture, especially in Australia». (ver nota)

Ahora bien, si la desfloración no ha de resultar del primer comercio conyugal, es preciso que sea realizada con anterioridad de alguna manera y por parte de alguien determinado. Citaré algunos pasajes del ya mencionado libro de Crawley, que nos informan sobre este punto pero dan lugar también a algunas puntualizaciones críticas.

«Entre los dieri y algunos pueblos vecinos (en Australia) es costumbre universal destruir el himen cuando la joven ha alcanzado la pubertad». (ver nota) «En las tribus Portland y Glenelg se lo hace a la novia una mujer vieja; y a veces son requeridos hombres blancos para desflorar muchachas». (ver nota)

«La ruptura artificial del himen se produce a veces en la infancia, pero comúnmente en la pubertad. (. . .) - A.- menudo se combina, como en Australia, con un acto ceremonial de cópula». (ver nota)

(Spencer y Gillen [1899] refieren, acerca de tribus australianas en que rigen las bien conocidas limitaciones del matrimonio exogámico:) «El himen es perforado

artificialmente, y luego los hombres encargados de esa operación tienen acceso (nótese: un acceso ceremonial) a la muchacha en un orden establecido. (. . .) El acto consta de dos partes, la perforación y la cópula». (ver nota)

«Entre los masaj (del Africa ecuatorial), esta operación es uno de los importantes preparativos para el matrimonio». (ver nota) «Entre los sakai (Malasia), los batta (Sumatra) y los alfoer de las islas Célebes, la desfloración es ejecutada por el padre de la novia». (ver nota) «En las Filipinas había ciertos hombres cuya profesión era desflorar novias en caso de que el himen no hubiera sido destruido ya en la niñez por una mujer vieja encargada de ello». (ver nota) «En algunas tribus esquimales, la desfloración de la novia se confiaba al angekok o sacerdote». (ver nota)

Las puntualizaciones críticas que anuncié se refieren a dos puntos. Es de lamentar, en primer término, que en esas noticias no se distinga con más cuidado entre la mera destrucción del himen sin coito y el coito destinado a lograr esa ruptura. Sólo en un pasaje se nos dice de manera expresa que el proceso se descompone en dos actos: la desfloración (manual o instrumental) y el acto sexual. El material de Ploss y Bartels [1891], tan rico en otros aspectos, es inutilizable para nuestros fines porque lo expone de tal modo que el resultado anatómico del acto de la desfloración no deja sitio alguno a su significatividad psicológica. En segundo lugar, nos gustaría mucho saber en qué se diferencia en tales oportunidades el coito «ceremonial» (puramente formal, solemne, oficial) del comercio sexual regular. Los autores a que tuve acceso o eran demasiado vergonzosos para hablar de ello o también subestimaron el significado psicológico de tales detalles sexuales. Tenemos la esperanza de que el informe original de los viajeros y misioneros sea más preciso e inequívoco, pero no puedo enunciar nada seguro sobre esto dada la actual inaccesibilidad de esa bibliografía, extranjera en su mayor parte. (ver nota) Es verdad que en cuanto a este segundo punto uno puede situarse por encima de la duda reflexionando en que un seudocoito ceremonial no sería más que el sustituto y acaso el relevo de uno plenamente consumado en épocas anteriores. (ver nota)

Para explicar este tabú de la virginidad es posible aducir factores de diversa índole, que paso a examinar en rápida exposición. En la desfloración de la muchacha por regla general se derrama sangre; por eso el primer intento de explicación invoca el horror de los primitivos a la sangre, pues la consideran el asiento de la vida. Múltiples preceptos, que nada tienen que ver con la sexualidad, demuestran la existencia de este tabú de la sangre; es evidente que mantiene estrecha relación con la prohibición de matar y constituye una defensa erigida contra la originaria sed de sangre del hombre primordial, su placer de matar. Esta concepción articula el tabú de la virginidad con el tabú de la menstruación, observado casi sin excepciones. El primitivo no puede mantener exento de representaciones sádicas el enigmático fenómeno del flujo mensual catamenial. Interpreta la menstruación, sobre todo a la primera, como la mordedura de un animal mitológico, acaso como signo de comercio sexual con ese espíritu. Alguno de los informes permite discernir en este espíritu el de un antepasado, y así comprendemos, apuntalándonos en otras intelecciones, que la muchacha menstruante sea tabú como propiedad de ese espíritu ancestral.

Pero desde otro ángulo se nos advierte que no hemos de sobrestimar el influjo de un factor como el horror a la sangre. Es que este no ha podido sofocar costumbres como la circuncisión de los muchachos y los ritos todavía más crueles a que son sometidas las niñas (excisión del clítoris y de los labios menores), costumbres vigentes en parte entre aquellos

mismos pueblos; y tampoco ha hecho caducar otros ceremoniales en los que se derrama sangre. No sería entonces asombroso que ese horror se superara en favor del marido para la primera cohabitación.

Una segunda explicación prescinde igualmente de lo sexual, pero tiene una proyección mucho más universal. Indica que el primitivo es presa de un apronte angustiado que lo acecha de continuo, tal y como lo aseveramos nosotros, en nuestra doctrina psicoanalítica de las neurosis, respecto de los aquejados de neurosis de angustia. Ese apronte angustiado se mostrará con la mayor intensidad en todas las situaciones que se desvíen de algún modo de lo habitual, que conlleven algo nuevo, inesperado, no comprendido, ominoso {unheimlich}. De ahí también el ceremonial, continuado ampliamente en las posteriores religiones, que se enlaza con el comienzo de cada nueva empresa, el inicio de un período de tiempo, las primicias del ser humano, de los animales y los cultivos. Los peligros que el angustiado cree cernirse sobre él nunca se le pintan tan grandes como en el inicio de la situación peligrosa, y por cierto es ese el único momento en que resulta adecuado al fin protegerse de ellos. No hay duda alguna de que el primer comercio sexual en el matrimonio posee, por su significación, títulos para ser introducido con estas medidas precautorias. Ambos intentos de explicación, el del horror a la sangre y el de la angustia ante las primicias, no se contradicen entre sí; antes bien, se refuerzan. El primer comercio sexual es por cierto un acto sospechoso, tanto más cuanto que en él por fuerza mana sangre.

Una tercera explicación -es la preferida por Crawley- destaca que el tabú de la virginidad pertenece a una vasta trama en la que se incluye la vida sexual entera. No sólo el primer coito con la mujer es tabú; lo es el comercio sexual como tal. Casi podría decirse que la mujer es en un todo tabú. Y no lo es sólo en las situaciones particulares que derivan de su vida sexual -la menstruación, el embarazo, el parto, el puerperio-, sino que aun fuera de ellas el trato con la mujer está sometido a limitaciones tan serias y profundas que tenemos todas las razones para poner en duda la supuesta libertad sexual de los salvajes. Es cierto que en determinadas ocasiones la sexualidad de los primitivos sobrepasa toda inhibición; pero en las situaciones ordinarias parece más coartada por prohibiciones que en los estadios más elevados de la cultura. Tan pronto el varón debe emprender algo especial -un viaje, una expedición de caza, una incursión guerrera- debe mantenerse apartado de la mujer, y sobre todo del comercio sexual con ella; de otro modo su fuerza quedaría paralizada y se atraería el fracaso. También en las costumbres de la vida cotidiana hay una inequívoca tendencia a la separación de los sexos. Las mujeres conviven con mujeres, y los hombres con hombres; son numerosas las tribus primitivas en las que apenas si existe una vida familiar tal como hoy la entendemos. A veces la división llega tan lejos que los miembros de un sexo no tienen permitido pronunciar los nombres personales de los miembros del otro, y las mujeres desarrollan un lenguaje con un léxico propio. Es cierto que la necesidad sexual irrumpe de continuo a través de esas barreras, pero en muchas tribus hasta las citas de los esposos tienen que producirse fuera de la casa y en secreto.

Toda vez que el primitivo ha erigido un tabú es porque teme un peligro, y no puede negarse que en todos esos preceptos de evitación se exterioriza un horror básico a la mujer. Acaso se funde en que ella es diferente del varón, parece eternamente incomprensible y misteriosa, ajena y por eso hostil. El varón teme ser debilitado por la mujer, contagiarse de su femineidad y mostrarse luego incompetente. Acaso el efecto adormecedor del coito, resolutorio de tensiones, sea arquetípico respecto de tales temores, y la percepción de la influencia que la mujer consigue sobre el hombre mediante el comercio sexual, la elevada

consideración que así obtiene, quizás explique la difusión de esa angustia. Nada de esto ha caducado, sino que perdura entre nosotros.

Muchos observadores de los primitivos actuales han juzgado que su pujar amoroso es relativamente más débil y nunca alcanza las intensidades que estamos habituados a encontrar en la humanidad culta. Otros han contradicho esa apreciación, pero en todo caso los tabúes que hemos enumerado atestiguan la existencia de un poder contrario al amor, que desautoriza a la mujer como ajena y hostil.

Con expresiones que difieren poco de la terminología empleada por el psicoanálisis, Crawley señala que cada individuo se separa de los demás mediante un «taboo of personal isolation» {«tabú de aislamiento personal»}, y que justamente en sus pequeñas diferencias, no obstante su semejanza, en todo el resto, se fundamentan los sentimientos de ajenidad y hostilidad entre ellos. Sería seductor ceder a esta idea y derivar de ese «narcisismo de las pequeñas diferencias» la hostilidad que en todos los vínculos humanos vemos batallar con éxito contra los sentimientos solidarios y yugular al mandamiento de amar al prójimo. (ver nota) El psicoanálisis cree haber discernido lo principal de los fundamentos de esa desautorización narcisista de la mujer, que linda mucho con el menosprecio, refiriéndolos al complejo de castración y su influjo sobre el juicio acerca de la mujer.

Advertimos, sin embargo, que con estas últimas reflexiones hemos incursionado muy lejos de nuestro tema. El tabú general de la mujer no arroja ninguna luz sobre los preceptos particulares que rigen el primer acto sexual con una virgen. En este punto seguimos reducidos a las dos primeras explicaciones, que invocan el horror a la sangre y a las primicias; pero aun sobre estas deberíamos decir que no aciertan el núcleo del tabú en cuestión. La base de este último es, evidentemente, el propósito de denegar o ahorrar precisamente al futuro esposo algo que es inseparable del primer acto sexual, aunque, según la puntualización que hicimos al comienzo, de ese mismo vínculo no podría menos que derivarse una particular ligazón de la mujer con ese hombre en especial.

En esta ocasión nuestra tarea no consiste en elucidar el origen y el significado último de los preceptos del tabú. Ya lo he hecho en mi libro *Tótem y tabú*, donde examiné la posibilidad de que el tabú tuviera por condición una ambivalencia originaria y sostuve que su génesis se situaba en los procesos de la prehistoria que llevaron a la fundación de la familia humana. Esa, intencionalidad anterior ya no se discierne en los tabúes hoy observados como norma entre los primitivos. Pero al exigir esa corroboración olvidamos demasiado fácilmente que aun los pueblos más primitivos viven dentro de una cultura muy alejada de la de los tiempos primordiales, una cultura tan antigua como la nuestra y que igualmente corresponde a un grado de desarrollo tardío, si bien diverso.

Entre los primitivos hallamos hoy al tabú ya entretejido en un sistema artificioso, en un todo semejante al que nuestros neuróticos desarrollan en sus fobias; los antiguos motivos han sido sustituidos por otros nuevos que configuran un todo armónico. Por eso, sin entrar a considerar aquellos problemas genéticos, retomaremos la intelección de que el primitivo erige un tabú donde teme un peligro. Podemos decir que este último es siempre psíquico, pues el primitivo no se ve forzado a trazar aquí dos distingos que a nosotros nos parecen inevitables. No separa el peligro material del psíquico, ni el real del imaginario. En efecto, dentro de su concepción animista del universo, llevada hasta sus consecuentes términos, todo peligro proviene de un propósito hostil de un ser animado como él, así amenace desde una fuerza natural o de otros hombres o animales. Ahora bien, por otra parte está habituado

a proyectar al mundo exterior sus propias mociones internas de hostilidad; por tanto, a atribuirles a los objetos que siente como desagradables o aun sólo como ajenos. En la mujer se discierne una fuente de tales peligros, y el primer acto sexual con ella se singulariza por un peligro particularmente intenso.

Creo que obtendremos alguna luz sobre la naturaleza de este peligro acrecentado y la razón por la cual amenaza justamente al futuro marido si indagamos con mayor atención la conducta de las mujeres de nuestro estadio cultural en iguales circunstancias. Anticipo el resultado de esa indagación: de hecho existe un peligro de esa índole, de suerte que por medio del tabú de la virginidad el primitivo se protege de un peligro correctamente vislumbrado, aunque psíquico.

Estimamos como la reacción normal tras el coito que la mujer, en el ápice de la satisfacción, abraza al varón oprimiéndolo contra sí; vemos en ello una expresión de su agradecimiento y una promesa de duradera servidumbre. Pero, bien lo sabemos, en modo alguno es la regla que también el primer comercio tenga por consecuencia esa conducta; hartas veces no significa más que un desengaño para la mujer, que permanece fría e insatisfecha, y de ordinario se requiere largo tiempo y la frecuente repetición del acto sexual para que este produzca la satisfacción también en la mujer. Desde esos casos de frigidez meramente inicial y muy pasajeros, una serie continua lleva hasta el desagradable resultado de una frigidez permanente que ningún empeño tierno del varón consigue superar. Creo que todavía no se ha llegado a entender bien esa frigidez de la mujer, y por eso reclama -salvo en los casos que pueden imputarse a la insuficiente potencia del varón- ser esclarecida, en lo posible a través de los fenómenos de que se rodea.

Preferiría no considerar en este punto los tan frecuentes intentos de huir del primer comercio sexual; en efecto, ellos son multívocos y ha de concebirselos en lo principal -aunque no en su totalidad- como expresión del universal afán defensivo de la mujer. En cambio, creo que arrojan luz sobre el enigma de la frigidez femenina ciertos casos en que la mujer, tras el primer comercio sexual y tras cada uno de los subsiguientes, expresa sin tapujos su hostilidad al varón insultándolo, levantándole la mano o pegándole de hecho. En un notable caso de esa índole que me fue posible analizar a fondo, ello acontecía a pesar de que la mujer amaba mucho a su marido y ella misma solía pedirle el coito, en el que sin ninguna duda hallaba gran satisfacción. Opino que esta rara reacción contraria es el resultado de las mismas mociones que de ordinario sólo pueden exteriorizarse como frigidez, vale decir, son capaces de atajar la reacción tierna, pero no de imponerse ellas mismas. En el caso patológico se desagrega, por así decir, en sus dos componentes eso mismo que en la frigidez, mucho más frecuente, se aúna en un efecto inhibitorio; esto es en un todo semejante a lo que hace ya tiempo hemos discernido en los llamados «síntomas de dos tiempos» de la neurosis obsesiva. (ver nota) El peligro que de ese modo se suscitaría por la desfloración de la mujer consistiría en atraerse su hostilidad, y justamente su futuro marido tendría todas las razones para evitarla.

Ahora bien, el análisis permite colegir fácilmente las mociones que colaboran en la mujer para producir aquella paradójica conducta en la que espero hallar el esclarecimiento de la frigidez. El primer coito moviliza toda una serie de tales mociones, inutilizables para la deseada actitud femenina; por cierto que algunas de ellas no necesariamente habrán de repetirse en los actos posteriores. En primer término, cabe pensar aquí en el dolor que se inflige a la virgen en la desfloración, y acaso uno se inclinaría a considerar decisivo este factor, absteniéndose de buscar otros. No obstante, el dolor mismo no consiente bien que le

atribuyamos esa significatividad; más bien es preciso remplazarlo por la afrenta narcisista engendrada por la destrucción de un órgano y que hasta encuentra subrogación acorde a la ratio en el conocimiento del menor valor sexual de la desflorada. Por otra parte, las costumbres relativas a la boda entre los primitivos contienen una advertencia contra esa sobrestimación. Consignamos ya que en muchos casos el ceremonial es de dos tiempos; al desgarramiento del himen (ejecutado con la mano o con un instrumento) sigue un coito oficial oseudocoito con los subrogadores del esposo, lo cual nos muestra que el sentido del tabú no se agota en evitar la desfloración anatómica, sino que está destinado a ahorrarle al marido algo más que la reacción de su cónyuge ante la lesión dolorosa.

Hallamos otra razón de desengaño a raíz del primer coito en el hecho de que -al menos para la mujer culta- expectativa y cumplimiento no pueden coincidir en él. Hasta ese momento el comercio sexual estuvo asociado con la más fuerte prohibición; por eso mismo el comercio legal y permitido no se siente como la misma cosa. El afán de tantas novias por ocultar a los extraños sus nuevas relaciones amorosas, y aun por mantenerlas en secreto ante sus padres cuando en realidad nada constriñe a ello ni cabe esperar veto alguno, nos ilustra de manera casi cómica cuán estrecho puede llegar a ser aquel enlace. Las muchachas dicen abiertamente que su amor pierde valor para ellas si otros saben de él. En ocasiones este motivo puede volverse hiperpotente e impedir por completo el desarrollo de la capacidad de amor dentro del matrimonio. La esposa sólo reencuentra su sensibilidad tierna en una relación ¡lícita que deba mantenerse secreta, la única en la que está segura de seguir su propia voluntad libre de influencias. (ver nota)

Empero, tampoco este motivo nos permite alcanzar la profundidad requerida; por otra parte, puesto que se liga a las condiciones de la cultura, no se entrama bien con las circunstancias que imperan entre los primitivos. Mucho más sustantivo es el siguiente factor, que tiene su base en la historia de desarrollo de la libido. Los empeños del análisis nos han enseñado cuán regulares y poderosas son las primeras colocaciones de la libido. Son deseos sexuales que persisten desde la infancia -en la mujer, es casi siempre la fijación de su libido al padre o a un hermano que lo sustituya-, deseos que con harta frecuencia estuvieron dirigidos a cosas diferentes del coito o lo incluían sólo como una meta discernida sin nitidez. El marido nunca es más que un varón sustitutivo, por así decir; nunca es el genuino. Es otro -el padre, en el caso típico- quien posee el primer título a la capacidad de amor de la esposa; al marido le corresponde a lo sumo el segundo. Ahora bien, para que se desautorice a este por insatisfactorio importa cuán intensa sea la fijación y cuán tenazmente se persevere en ella. Así, la frigidez se encuentra entre las condiciones genéticas de la neurosis. Mientras mayor sea el poder del elemento psíquico dentro de la vida sexual de la esposa, más capacidad de resistencia mostrará su distribución libidinal ante la conmoción del primer acto sexual, y tanto menos avasallador le resultará el efecto de ser poseída corporalmente. La frigidez puede entonces establecerse como inhibición neurótica o allanar el terreno al desarrollo de otras neurosis; además, unas disminuciones de la potencia viril, aunque sólo sean moderadas, pueden contar mucho como coadyuvantes.

El motivo del deseo sexual temprano parece dar razón de la costumbre de los primitivos que encarga de la desfloración a un anciano, sacerdote u hombre sagrado, es decir, un sustituto del padre. Creo que desde aquí un camino recto nos lleva hasta el tan mentado *jus primae noctis* del señor feudal de la Edad Media. A. J. Storfer (1911) ha sustentado esta misma concepción y, además, interpretado la muy difundida institución de las «bodas de Tobías» (la costumbre de abstenerse las tres primeras noches) como un reconocimiento de

los privilegios del patriarca; ya antes de él, C. G. Jung (1909) había opinado en el mismo sentido. Por lo dicho, responde en un todo a nuestra expectativa hallar también la imagen de los dioses entre los subrogados del padre encargados de la desfloración. En muchas comarcas de la India, la recién casada debía sacrificar su himen al lingam de madera, y según el informe de San Agustín, en el ceremonial nupcial romano (¿de su época?) existía la misma costumbre, claro que atemperada, pues la joven esposa sólo tenía que sentarse sobre el gigantesco falo de piedra de Prápo. (ver nota)

Otro motivo cala hasta estratos todavía más profundos; puede demostrarse que es el principal responsable de la reacción paradójica frente al marido y, en mi opinión, exterioriza su influjo también en la frigidez de la mujer. Además de las antiguas mociones ya descritas, el primer coito activa en la mujer otras por entero contrarias a la función y al papel femeninos.

Por el análisis de muchas mujeres neuróticas sabemos que atraviesan un estadio temprano en que envidian a su hermano el signo de la virilidad y se sienten perjudicadas y relegadas a raíz de su falta (en verdad, de su empuqueñecimiento). Subordinamos al «complejo de castración» esta «envidia del pene». Si por «masculino» se entiende el querer ser varón, a esa conducta le cabe la designación «protesta masculina» acuñada por A. Adler [1910] para proclamar este factor como el portador de toda neurosis. En esta fase las muchachas a menudo no ocultan su envidia, ni la hostilidad derivada de esta, hacia el hermano favorecido: hasta intentan orinar de pie como él a fin de sustentar su presunta igualdad de derechos. En el ya mencionado ejemplo de la esposa que tras el coito hacía objeto de agresión franca a su marido, a quien sin embargo amaba, pude comprobar que esta fase se había presentado antes de la elección de objeto. Sólo después la libido de la niña se volcó al padre, y entonces deseó, en vez del pene, un hijo. (ver nota)

No me sorprendería que en otros casos la secuencia de estas mociones se encontrara invertida y esa pieza del complejo de castración adquiriera eficacia sólo después de cumplida la elección de objeto. De todos modos, desde el punto de vista de la historia de desarrollo, esta fase masculina de la mujer, fase en la cual envidia al varón su pene, es más temprana y está más cerca del narcisismo originario que del amor de objeto.

Hace algún tiempo se me ofreció por azar la oportunidad de analizar el sueño de una recién casada, y pude discernirlo como reacción a su desfloración. Dejaba traslucir fácilmente el deseo de castrar a su joven esposo y guardarse su pene. Por cierto, también cabía la interpretación más inofensiva de que habría deseado la prolongación y repetición del acto; empero, muchos detalles del sueño contrariaban este sentido, y tanto el carácter como la posterior conducta de la soñante testimoniaban en favor de la concepción más grave. Ahora bien, tras esta envidia del pene sale a la luz el encono hostil de la mujer hacia el varón, nunca ausente del todo en las relaciones entre los sexos y del cual proporcionan los más claros indicios los afanes y producciones literarias de las «emancipadas». Ferenczi reconduce -no sé si ha sido el primero- esa hostilidad de la mujer, en una especulación paleobiológica, hasta la época de la diferenciación de los sexos. En el principio -opina-, la copulación se producía entre dos individuos de igual género, pero de ellos uno desarrolló un vigor mayor y compelió al más débil a tolerar la unión sexual. El encono provocado por ese sometimiento se continúa en la disposición de la mujer actual. No considero reprochable servirse de esas especulaciones siempre que se evite sobrevalorarlas.

Tras esta enumeración de los motivos de la paradójica reacción de la mujer frente a la desfloración, -que también puede rastrearse en la frigidez, nos es lícito enunciar, a modo de resumen, que la sexualidad inacabada de la mujer se descarga en el hombre que le hace conocer por primera vez el acto sexual. Pero entonces el tabú de la virginidad tiene sobrado sentido, y comprendemos el precepto de que evite tales peligros justamente el hombre destinado a mantener con esa mujer una convivencia duradera. En estadios más elevados de la cultura la apreciación de este peligro es relegada por la perspectiva de la servidumbre y sin duda también por otros motivos y seducciones. La virginidad es considerada un bien al que el hombre no debe renunciar. Pero el análisis de las querellas matrimoniales enseña que tampoco en la vida anímica de la mujer de cultura se han extinguido del todo los motivos que la constreñirían a tomar venganza por su desfloración. Creo que no puede menos que llamar la atención del observador el número insólitamente grande de casos en que la mujer permanece frígida y se siente desdichada en un primer matrimonio, en tanto que tras su disolución se convierte en una mujer tierna, que hace la felicidad de su segundo marido. La reacción arcaica se ha agotado, por así decir, en el primer objeto.

Pero tampoco en otro sentido se ha sepultado el tabú de la virginidad en nuestra vida cultural. El alma popular sabe de él, y los poetas se han servido de ese material en ocasiones. Anzengruber, en una comedia, presenta a un campesino simple que se abstiene de desposar a la novia que le está destinada porque «es una moza tal que le costará la vida a su primer hombre». Admite entonces que se case con otro, y sólo la tomará por mujer cuando enviude y ya no sea peligrosa. El título de la pieza, *Das Jungferngift* {El veneno de las doncellas}, nos trae a la memoria que los domadores de serpientes hacen que el ofidio muerda primero un trocito de tela para manejarlo sin peligro. (ver nota)

El tabú de la virginidad y una pieza de su motivación ha hallado su figuración más intensa en un conocido personaje dramático, la Judith de la tragedia de Hebbel, *Judith und Holofernes*. Judith es una de aquellas mujeres cuya virginidad está protegida por un tabú. Su primer marido se vio paralizado la noche de bodas por una enigmática angustia y nunca más se atrevió a tocarla. «Mi hermosura es la de la belladona», dice ella; «su goce depara locura y muerte». Cuando el mariscal asirio sitia la ciudad, ella concibe el plan de seducirlo y perderlo con su hermosura, usando así un motivo patriótico para encubrir uno sexual. Tras la desfloración por ese hombre violento, envanecido de su fuerza y su audacia, ella encuentra en su indignación la fuerza para cortarle la cabeza y así convertirse en la libertadora de su pueblo. La acción de decapitar nos es bien conocida como sustituto simbólico de la de castrar; según eso, Judith es la mujer que castra al hombre que la desfloró, como lo pretendía también el sueño ya citado de una recién casada. Es evidente que Hebbel ha sexualizado adrede este relato patriótico tomado de los libros apócrifos del Antiguo Testamento, pues en el texto bíblico Judith puede gloriarse a su regreso de no haber sido mancillada, y falta toda referencia a su ominosa noche de bodas. Pero es probable que su sensibilidad de poeta registrara el antiquísimo motivo inserto en aquel relato tendencioso y no hiciera más que devolver al material su contenido primigenio.

En un certero análisis, I. Sadger (1912) ha puntualizado cómo Hebbel se vio comandado por su complejo parental en la elección de su material, y cómo en la lucha entre los sexos llegó a tomar partido casi siempre en favor de la mujer y a percibir empáticamente sus más escondidas mociones anímicas. Cita también la motivación aducida por el propio poeta para introducir esa variante, hallándola -con derecho- artificiosa y como destinada sólo a justificar de manera extrínseca y, en el fondo, a ocultar algo que le era inconciente. No quiero objetar la explicación de Sadger sobre la razón por la cual Judith, que según el

relato bíblico había enviudado, tenía que convertirse en viuda virgen. Invoca el propósito de la fantasía infantil de desmentir el comercio sexual entre los padres y convertir a la madre en virgen intacta. Pero continuó: después que el poeta hubo establecido la virginidad de su heroína, su fantasía sensitiva se demorará en la reacción hostil desatada por la lesión de la virginidad.

A modo de conclusión podemos decir, pues: La desfloración no tiene sólo la consecuencia cultural de atar duraderamente la mujer al hombre; desencadena también una reacción anárquica de hostilidad al varón, que puede cobrar formas patológicas, exteriorizarse con mucha frecuencia en fenómenos inhibitorios de la vida amorosa matrimonial, y a la que es lícito atribuirle el hecho de que unas segundas nupcias sean a menudo más felices que las primeras. El extraño tabú de la virginidad, el horror con que entre los primitivos el marido esquivaba la desfloración, hallan su justificación plena en esta reacción hostil.

Ahora bien, es interesante que en calidad de analistas encontremos mujeres en quienes las reacciones contrapuestas de servidumbre y hostilidad hayan llegado a expresarse permaneciendo en estrecho enlace recíproco. Hay mujeres que parecen totalmente distanciadas de sus maridos, a pesar de lo cual son vanos sus esfuerzos para desasirse de ellos. Toda vez que intentan dirigir su amor a otro hombre se interpone la imagen, del primero, a quien ya no aman. En tales casos, el análisis enseña que esas mujeres dependen como siervas de su primer marido, pero ya no por ternura. No se liberan de él porque no han consumado su venganza en él, y en los casos más acusados la moción vengativa ni siquiera ha llegado a su conciencia.

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>